



grande...

Entre ella va relaciones te nos pleo que le da! tudando, yna estaba su nt pero las pab quienes iba lo mismo en to tector: — Vuelva...

Y el mañana y la gran... la llegaban nunca, y entretanto. So- rá lis conoció la triste rabia que engendra el hambre y el misero per noctar en esos tugurios infamantes que son como los resumideros donde la ciudad bárbara y cruel vuelca esos desperdicios de hombre que no saben vivir; los incapaces, los parias, los descastados.

MOLINA DEFE

Luís su... instant... ambos... ntr por... meju... pinta v... vid. Vuélv... piré y bajare... nredaré en tu

... alas las mariposas de la ilusión, Ethel Helen vive una nora de suprema venturanza e infinita dicha, frente al sendero de rosas que abre el porvenir de la su triunfal existencia.

VOSTRAL



Paris, la capital de la Moda, se encuentra hoy generalizada la idea de que las mujeres deben expresar su individualidad en forma agradable y con poco costo, adoptando la costumbre de usar vestidos tejidos de punto, los cuales se están a una originalidad que resultaría prohibiva por su costo si se emplearan otros materiales. Las combinaciones de colores y estilos que esta forma pueden obtenerse son ilimitadas, no se aprecia por esta serie de fotografías que acaban de llegar de la capital francesa.

Hasta los sombreros de punto, como este "beret" de dos tonos pardos, son elegantes.



He aquí una combinación muy "chic" de rojo y azul en una blusa hecha de tejido de punto.



SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA — INFORMACION — ARTE — LITERATURA

Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director

Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción

CASILLA DE CORREOS 824. — TELEFONO: CENTRO 1005. — CABLES: ANA GRAFICA.

PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

CIRCULA LOS SABADOS

AÑO VIII

GUAYAQUIL (ECUADOR), 27 DE AGOSTO DE 1938

Nº 373



grandes...
Entre, el...
relaciones...
pleo que...
tudiando...
estaba...
pero las...
quienes...
lo mismo...
lector: —
go. — O...
cumplo de...
na gran...
estos...
Y el ma...
llegaban...
lis cono...
gendra...
noctar...
tes que...
donde...
vuelca...
bre que...
pases,...

MOLINA DEFRANC

Florece en su vida quince primaveras, en eclosión de exquisitas gracias, inefables encantos y una excelsa irradiación de belleza. Fina y sensitiva, elegante y gentil, toda sentimiento y espiritualidad, con su corazón plétórico de ternura, bondad y amor, batiendo sobre su mente sus doradas alas las mariposas de la ilusión, Ethel Helen vive una hora de suprema venturanza e infinita dicha, frente al sendero de rosas que abre el porvenir de su triunfal existencia.

VISTRAL



(Continuación)

UN AMOR EN WALL STREET

Rita poseía unos ojales enormes, que acariciaban o apuñalaban, según convenía a la ocasión. Ahora aparecían suaves, suplicantes. Le miro a través de la mesa. Estaba pálida y sus labios rojos se hallaban entreabiertos. Bill neó en señal de negativa su cabeza casi cuadrada.

—No puedo —dijo—. Las cosas no marchan bien. Tú lo sabes tan bien como yo. No es posible. Esta mansión nos cuesta solo diez mil dólares. Además, tenemos que mantener en buen estado la casa de Southampton. Y acabas de regresar de Palm Beach...

Los ojos de Rita perdieron algo de su brillo y suavidad de pétalo. Habían regresado de Palm Beach antes de que la temporada hubiera terminado. Todo fue por culpa de Betty, que insistió en venir al norte en lugar de ir al sur; Betty, que habiendo visto a Pete Field quizá media docena de veces en toda su vida, decidió encontrarse con él más a menudo y no tener que esperar a que contrajera enlace algún amigo o amiga mutuos.

—Ah, si yo no hubiera perdido mi dinero!... —dijo Rita, pensativa.

Bill apartó su silla y echó un ligero vistazo por el comedor. Las paredes exhibían interesantes pinturas; abundaban los jarrones con flores naturales, y una luz tenue e indirecta mantenía las cosas en una agradable penumbra. El servicio era perfecto. Mientras veía desaparecer al mozo por una pequeña puerta, detrás del mostrador, recordó que hacía aproximadamente un año Rita trató de rebajar el sueldo a su servidumbre. "Todos debemos hacer nuestro pequeño sacrificio", había dicho, a manera de excusa. Su explicación sobre los tiempos malos y la desocupación fue algo vago, pero su amenaza fue categórica; si los sirvientes no admitían la rebaja, sobraba gente que trabajaría gustosa para ella.

Eso no estaba bien, pensó entonces Bill. Y así fue que se encargó de aumentar la asignación a su esposa, con el entendido que no se disminuiría el sueldo de la servidumbre. Después de todo, mientras podía, podía. Por lo demás, no estaba de acuerdo en utilizar lo de la depresión como excusa.

—No hay nada que hacer —oh serví luego de oír de nuevo—. Hay que esperar a que vuelvan los tiempos buenos.

—Pero entonces todas las cosas estarán más caras! —gimoteó Rita, demostrando así no ser del todo mala economista.

Manning se puso definitivamente de pie. Era un tanto pesado para su edad, y una media cabeza más bajo que su socio. Con todo, era bastante bien parecido,

y así lo admitió una vez más Rita, alzando hacia él su sedosa mejilla.

Antes que te vayas querido... —le dijo—. No cuento con ningún dinero suelto... y no creo que habrá tiempo de pasar por el banco. Tengo tanto que hacer!

Bill sacó su billetera. Le habría gustado saber para qué necesitaba dinero su esposa teniendo, como tenía, cuenta corriente en las principales tiendas de Nueva York. Sin embargo, se conformó con darle un cariñoso tirón de orejas.

—Me quedan cincuenta y dos dólares —dijo, seriamente—. Aquí tienes cincuenta y yo me quedo con los dos restantes.

Ella tomó el billete de cincuenta y lo dejó sobre la mesa con aire de fastidio. Luego alzó hacia él su deslumbrante cabeza y dijo, apercada:

—¿No sabes cómo me habría gustado comprar ese saquito, Bill! Nunca quise algo con tanto afán.

—¿Cuánto vale? —inquirió Manning, resignado.

—Solo mil quinientos. Dijeron que me lo iban a tener reservado. ¡Oh, Bill, tú que siempre eres tan bueno y complaciente!...

Ella era alta y esbelta, y exhalaba un aroma y lozanía que embriagaba. Le rodeó el cuello con sus niveles brazos, y se le aproximó aún más, mimosa.

—Anda, Bill, sé bueno!...

—Mira —dijo su esposo—, se me hace tarde para la oficina. No puedo pasar toda la mañana dejándome embaucar por mi seductora mujercita, para que satisfaga sus caprichos. Pero la besó profusamente. Y luego preguntó, reflexivo: —¿Cuánto dinero te queda en la cuenta?

Ella admitió que era muy poco. Tan poco que podía decir que no le quedaba nada. Bill dejó escapar una exclamación de asombro.

—Cuando llegue a la oficina, haré que la señorita Perkins te entregue un cheque para cubrir esa cuenta —prometió—. En fin, redondearé cifras y elevaré tu cuenta hasta dos mil. Pero haz que te alcance hasta el primero. Y Recuerda, Rita, que los mil quinientos son para el saquito. No sea que el día primero me vengas llorando con esa factura.

Diciendo esto salió. Cuando llegó a la oficina ya todos estaban allí.

Su automóvil detuvo frente al edificio y Bill descendió. En el ascensor la gente platcaba, gesticulaba, excitada, preocupada.

—Pero te aseguro que era mi último dólar!

—Y yo que tengo un vencimiento que levantar!

—Ahí quedó esta mañana mi señora llorando como una Magdalena.

—Pues a mí me quedan cuarenta centavos. Dígame Smith, ¿podría usted hacerme efectivo un cheque por diez dólares?

—Sí, con sumo placer. Pero he de cargarle cincuenta centavos.

Las puertas del ascensor se abrieron y cerraban. Uno por uno, o en grupos, fueron dejados en sus respectivos pisos. De pronto Manning quedó solo con dos silenciosos señores y con el ascensorista.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sin dirigirse a nadie en particular. ¿A qué se debe tanto alboroto?

—Hay cierre bancario —respondió el más bajo.

El otro se echó a reír bruscamente.

es posible! —masculló Manning que no había leído el periódico que dejó en la mesa al tomar el desayuno. —¿Cierre bancario? ¿Y por cuánto tiempo?

Detúvose el ascensor. Había llegado a su piso. Manning dirigióse apresuradamente a su oficina, abrió la puerta y percibió un murmullo de voces. Todos estaban, al parecer, en la sala de espera, conversando y riendo, excitados.

Tuvo tiempo de repasar con una fugaz mirada todos los rostros antes de que le vieran. En un rincón de su escritorio, Pete sonreía ligeramente, como abstraído. Su socio siempre aparecía tranquilo, así el mundo se derrumbaba.

La pequeña secretaria de Pete tenía en el clavado sus ojos, mientras vaciaba sobre su escritorio su ridícula cartera roja. Ahí estaba también su propia secretaria, la inimitable Perkins, canosa ya, de cincuenta años, una mujer letárgica. Con estupefacción, advino que había estado llorando. Entonces recordó que tenía en el hospital a la madre, que moría muy lentamente de cáncer...

Fred, el muchachito de los mandados, conversaba a gritos con Amy, la chica del archivo. En cuanto le vieron, todos ensayaron un movimiento hacia él, como si quisieran interrogarle, pero fue Pete quien le habló.

—¿No es verdad que es un trastorno?

—No hace un minuto que me enteré —dijo lentamente—. No he visto el diario.

—Pues el que leí yo, era una edición muy temprana, y nada decía. Te garantizo que fue para mí una gran sorpresa.

—¿Verdad que fue una suerte que se nos pagase ayer? —exclamó Fred, en tanto movía cómicamente sus mandíbulas, mastigando goma.

Bill introdujo sus manos en los bolsillos. Le faltaban cincuenta dólares. En efecto, se los había dado a Rita, su esposa.

—Debí habérmelo imaginado. En fin, ¿alguien tiene un periódico?

A sus manos llegaron media docena. Los esparció sobre su escritorio y procedió a leer los encabezamientos. Sonó el teléfono. La señorita Perkins atendió desde la sala de espera. Según anunció a Manning, quien llamaba era un señor Emerson, de la firma Emerson y McKinley, corredores de bolsa.

Bill pasó a su oficina particular.

—Pásemle la comunicación —dijo por sobre su hombro. De pronto el personal volvió a demostrar su inquietud. ¿Acaso el gobernador no declaró feriado ese día? ¿Y bien? Se seguían así, el día transcurriría sin llegar a nada.

Pete pasó a su oficina. Dorothy, que estaba hoy como para comerla, le siguió. Le anunció que llegaron algunas cartas. Pete las leyó con rapidez. Eran petitorios de sociedades de beneficencia, una solicitud de préstamo de un primo del oeste, una invitación de bodas y tres comunicaciones de clientes.

—Bueno —murmuró Pete, sonriendo—, sería mejor que comenzáramos, ¿no?

Ella trajo su anotador, y se sentó cerca. El pensó que no tenía malas piernas. Luego de dictar una frase, preguntó bruscamente:

—¿Cómo anda usted de dinero, señorita Seeley?

—Ella respondió que tenía ocho dólares.

—Pues tiene más que yo —declaró en una amplia sonrisa.

—Si usted los necesita...

—No, muchacha —contestó Pete, agradecido.— Hé aquí una real-secretaria que acude en ayuda del patrón empobrecido. Guárdelos. ¿Sabe que se ha venido muy elegante esta mañana?

En seguida penetró en la oficina de su socio. Este gesticulaba mientras hablaba por teléfono. Cuando colgó el tubo, su rostro adquirió su mansedumbre habitual. Extendió las piernas e introdujo las manos en los bolsillos.

—¡Vaya un contratiempo! Hablé con McKenzie, del banco.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasó? —Pete deseaba saber. Encendió un cigarrillo y tomó asiento sobre un borde del escritorio. Odiaba las sillas.

—Oh! —dijo Manning—, ya sabes lo que ocurrió. El pánico está haciendo presa en las gentes. No es de ahora, ni desde el asunto de Michigan. Hace ya un largo período. Los continuos retrocesos de depósitos, el atesoramiento del oro... Hé ahí lo ocurrido. En fin, ¿cuánto dinero tenemos en la caja? preguntó a la señorita Perkins, que entonces venía con algunas cartas.

—En la caja quedaban, según ella, seis mil dólares y ochenta y tres centavos.

—¡Ah! —me olvidé decirte que yo tomé algún dinero de caja —aclaró Pete—. Fue la otra noche que tuve que salir con un amigo que vino a buscarme. Los bancos habían cerrado.

—Esto —dijo Manning risueño— no ha de durar. Es como una epidemia. Lo extraño es que ocurra precisamente en Nueva York, en el corazón del país, en la arteria de las finanzas. ¡Frustró el ceño, y agregó: Pero... ¿qué pasará si esto sigue la próxima semana? Tenemos un vencimiento... ¿Y nuestra gente? La señorita Perkins dice que los clientes estuvieron llamando por teléfono durante toda la mañana.

Fred entró trayendo un telegrama. Manning lo abrió. Descorazonado, lo dejó sobre su escritorio. Era del viejo Andrews, su mejor y más seguro cliente de Chicago. El telegrama decía: "Bancos cerrados, telegrafistas quinientos dólares de inmediato".

—Eso es fácil decirlo —masculló Manning—. Veamos ¿cuánto tienes tú?

—Uno ochenta y seis —dijo Pete.

—Y Rita —prosiguió Manning— tiene cincuenta. Podíamos enviarle esos cincuenta. Luego de encargar a la señorita Perkins que llamara por teléfono a su esposa, prosiguió: En todo caso, ahí está Betty que dispondrá efectivamente...

Al oír el nombre de su mujer recordó su sueño, su felicidad:

—Deja que Andrews me dé un cheque por diez dólares. En cuanto a nosotros, buena suerte. ¿Y qué programa que habíamos para esta noche?

—Cocktails —respondió—, pero en el St. pronto...

—Bueno —murmuró Pete, sonriendo—, sería mejor que comenzáramos, ¿no?

Ella trajo su anotador, y se sentó cerca. El pensó que no tenía malas piernas. Luego de dictar una frase, preguntó bruscamente:

—¿Cómo anda usted de dinero, señorita Seeley?

—Ella respondió que tenía ocho dólares.

—Pues tiene más que yo —declaró en una amplia sonrisa.

—Si usted los necesita...

—No, muchacha —contestó Pete, agradecido.— Hé aquí una real-secretaria que acude en ayuda del patrón empobrecido. Guárdelos. ¿Sabe que se ha venido muy elegante esta mañana?

En seguida penetró en la oficina de su socio. Este gesticulaba mientras hablaba por teléfono. Cuando colgó el tubo, su rostro adquirió su mansedumbre habitual. Extendió las piernas e introdujo las manos en los bolsillos.

—¿Vaya un contratiempo! Hablé con McKenzie, del banco.



Eduardo Solís había decidido matarse.

Estaba en quinto año de medicina; no contaba con otros recursos para vivir y costearse sus estudios que aquellos que el esfuerzo propio pudiera proporcionarle, y él era uno de los seres que carecen de toda capacidad acomodaticia.

Era además un gran perezo. Se pasaba temporadas sin tomar un libro de texto y con suma frecuencia había sido aplazado, no porque le faltase inteligencia, sino constancia. Esto le había acrecido el enojo de un pariente lejano, que de un principio lo ayudara pecuniariamente y de pronto le retiró su protección, convencido de que Eduardo era uno de esos peligrosos sentimentales en quienes la voluntad no existe y que nunca harán nada práctico.

Algo había de eso, en efecto. A los diecisiete años —ya llevaba dos en la capital— se encontró de súbito con que su padre moría en la lejana provincia sin dejar otra cosa que deudas... El espíritu poco previsor del viejo criollo dejaba al hijo solo y en la indigencia, en esa edad en que las perturbaciones de la naturaleza y del alma, que forman al hombre, hacen crisis.

Entonces había recurrido al pariente, hombre casado, lleno de obligaciones y no poco de plata. Pero Eduardo Solís era un muchacho soñador, que disipaba todas las energías propias de su edad en mil pequeñas voluptuosidades.

Por eso, cuando se vio solo en la gran urbe, privado de aquel puntal que para él constituía la ayuda del severo pariente y libre a sus precarios recursos, se encontró inhábil para la ardua tarea de vivir. Y experimentó la dura lucha para salir a flote de ese mar de mezquinas miserias que anulan y quebrantan más que los grandes desastres.

Entre el corto número de sus relaciones trató de hallar un empleo que le permitiera seguir estudiando, ya que en la carrera estaba su salvación de mañana; pero las personas influyentes a quienes iba recomendando decíanle lo mismo en tono socarrón y protector: —Vuelva mañana, amigo. —O —Vea, tenga paciencia, me ocupo de usted, tengo en vista una gran cosa, pásese un día de estos.

Y el mañana y la gran cosa no llegaban nunca, y entretanto, Solís conocía la triste rabia que engendra el hambre y el misero pernoctar en esos tugurios infamantes que son como los resumiaderos donde la ciudad bárbara y cruel vuelve esos desperdicios de hombre que no saben vivir; los incapaces, los parias, los descaudados.

Como era orgulloso, nunca un compañero suyo supió de sus miseria y a nadie pidió nunca un centavo. Pero el día en que decidió poner en práctica la triste idea que hacía algún tiempo le obsesionaba, solicitó del hermano de Luisa le prestase cincuenta pesos, pretextando un viaje a un pueblo de la provincia.

Cuando llegó a casa de Ruiz, Luisa no se hallaba en ella, pero instantes después cuando salían ambos y ya en la calle, vieron venir por la misma vereda de la

Temporariamente dejó sus estudios. ¿Cómo estudiar con la preocupación continua de aquel vivir? Después, los libros, las matriculadas, todo eso cuesta dinero.

Como era reflexivo al par, que sentimental, concibió un gran odio mezclado de repugnancia y desprecio hacia aquella humanidad que llenaba las calles de bullicio, en el afanoso trajinar por la difícil búsqueda del medio. La absurda indiferencia de aquellas gentes para todas las cosas del espíritu y del sentimiento le entristecía.

Nada lo conciliaba con la vida excepto la mujer. Pero el sentimiento de que para llegar a ella hay que poseer posición, medios, lo llenaba de amargura.

Y así, a veces, cuando las veía pasar provocativas y bellas, lascivas triunfadoras, una ola de bárbara sensualidad lo envolvía y hubiera deseado besar aquellas gargantas blancas y voluptuosas y al mismo tiempo oprimirlas entre sus manos crispadas, hasta dejarlas exangues y frías.

Voluptuoso del sufrimiento, éste había adquirido en él cierta hiperestésica agudeza que lo perturbaba hondamente.

Llegó el día en que, por proceso intuitivo más que reflexivo, llegó al convencimiento de que era un desorbitado carente de toda capacidad de adaptación. Entonces hizo un arqueo de cuentas con la vida, nada lo ligaba a ella, comprendía vagamente que, para lograr el reposo material única forma de la felicidad, es necesario el dinero y él nunca llegaría a obtenerlo...

Ningún lazo afectivo lo retenía en el mundo. Sólo tenía una media hermana, allá en la lejana provincia. Y en la ciudad mucho odio y mucho asco, aunque también una florecilla de ternura para Luisa, hermana de Mario Ruiz, un compañero de estudios que con alguna frecuencia lo llevaba a su casa, y la cual sin que nada hubiera mediado entre los dos lo distinguía con un afectuoso interés. El sentía por ella solamente ternura, Luisa era de esas criaturas que despiertan en el hombre un afán de noble protección y nada de deseos.

Como era orgulloso, nunca un compañero suyo supió de sus miseria y a nadie pidió nunca un centavo. Pero el día en que decidió poner en práctica la triste idea que hacía algún tiempo le obsesionaba, solicitó del hermano de Luisa le prestase cincuenta pesos, pretextando un viaje a un pueblo de la provincia.

Cuando llegó a casa de Ruiz, Luisa no se hallaba en ella, pero instantes después cuando salían ambos y ya en la calle, vieron venir por la misma vereda de la

Temporariamente dejó sus estudios. ¿Cómo estudiar con la preocupación continua de aquel vivir? Después, los libros, las matriculadas, todo eso cuesta dinero.

Como era reflexivo al par, que sentimental, concibió un gran odio mezclado de repugnancia y desprecio hacia aquella humanidad que llenaba las calles de bullicio, en el afanoso trajinar por la difícil búsqueda del medio. La absurda indiferencia de aquellas gentes para todas las cosas del espíritu y del sentimiento le entristecía.

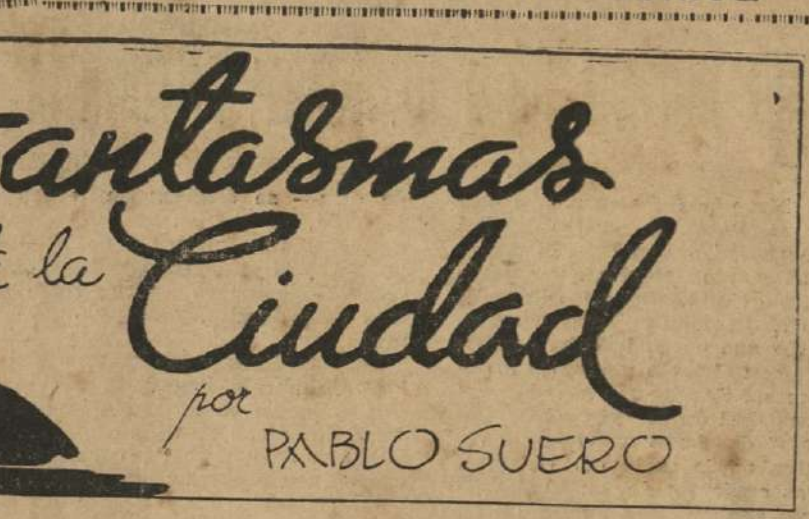
Nada lo conciliaba con la vida excepto la mujer. Pero el sentimiento de que para llegar a ella hay que poseer posición, medios, lo llenaba de amargura.

Y así, a veces, cuando las veía pasar provocativas y bellas, lascivas triunfadoras, una ola de bárbara sensualidad lo envolvía y hubiera deseado besar aquellas gargantas blancas y voluptuosas y al mismo tiempo oprimirlas entre sus manos crispadas, hasta dejarlas exangues y frías.

Voluptuoso del sufrimiento, éste había adquirido en él cierta hiperestésica agudeza que lo perturbaba hondamente.

Llegó el día en que, por proceso intuitivo más que reflexivo, llegó al convencimiento de que era un desorbitado carente de toda capacidad de adaptación. Entonces hizo un arqueo de cuentas con la vida, nada lo ligaba a ella, comprendía vagamente que, para lograr el reposo material única forma de la felicidad, es necesario el dinero y él nunca llegaría a obtenerlo...

Ningún lazo afectivo lo retenía en el mundo. Sólo tenía una media hermana, allá en la lejana provincia. Y en la ciudad mucho odio y mucho asco, aunque también una florecilla de ternura para Luisa, hermana de Mario Ruiz, un compañero de estudios que con alguna frecuencia lo llevaba a su casa, y la cual sin que nada hubiera mediado entre los dos lo distinguía con un afectuoso interés. El sentía por ella solamente ternura, Luisa era de esas criaturas que despiertan en el hombre un afán de noble protección y nada de deseos.



cosa, en dirección contraria a la que ellos llevaban, a Luisa acompañada de una sirvienta.

Se detuvieron a fin de que Eduardo la saludase. Ella le sonreía y lo retaba dulcemente porque tan de tarde en tarde se hacía ver. Y decía con su linda voz: Solís, es usted muy desagradecido; ¿por qué no viene con más frecuencia? Mira, Mario tráelo un día de estos a cenar, lo arrastras de las orejas aunque sea...

¿No es cierto que vendrá? Y Eduardo asentía con un buco, iré, que emitía con voz ronca y pausada.

Luego ella se metió en la casa. Entonces Solís pensó con cierta cruel voluptuosidad en lo que Luisa sentiría al saber la noticia.

—¿Y cuándo te vas? —dijo Ruiz mientras andaban hacia el centro.— Esta misma noche, a las diez. El amigo le propuso acompañarlo hasta la estación, a lo cual se negó Eduardo so pretexto de que no quería causarles más molestias. Después se despidió, diciéndole que aún tenía algo que arreglar.

Solo, echó a andar por las vías céntricas de la urbe. Ante la vidriera de una armería se detuvo a mirar. Había allí todo un arsenal; por un momento, una sensación de temor le hizo apartar la vista, pero después, reprochándose, se fijó sus ojos duramente en un revólver niquelado.

Convencido ya de que no le faltaría valor, dejó el comprar el arma para más tarde, tenía tiempo sobrado. Y siguió calle arriba.

Entró por la avenida principal; eran cerca de las seis. Las luces comenzaban a invadir las sombras vesperales que se tendían sobre la ciudad. La gente pasaba alegre y despreocupada, exhibiéndose y admirando. Se respiraba un ambiente sensual de risueña banalidad.

Solís, al comparar su estado de ánimo con el de aquellas gentes, sintió una gran tristeza. Es necesario que escriba, pensó. Entró en un café de moda, y mientras tomaba un San Martín, escribió las cartas. Escribió al pariente una extensa en que le reprochaba su incompreensión y su severidad, y a la hermana, en la lejana provincia.

También escribió unas líneas de afectuosidad y agradecimiento a su amigo Ruiz, entre las que iban unas palabras para Luisa, pidiéndole perdón por no poder cumplir la palabra dada de ir a cenar a su casa.

De nuevo en la calle, detúvose ante un buzón. Tenía las cartas en la mano, pero no se resolvía a meterlas en aquellas rojas fauces. Por un momento una sensación angustiosa lo embargó. Hubiera deseado llorar, como cuando era niño...

—Lo que es yo, amigo, no le tengo miedo a la muerte si viene que venga; para lo que vale vivir.

Así decía alguien que pasaba hablando con otro. Eduardo miró; era un hombre flaco y triste, de edad madura.

El azar le traía en el momento de flaquear unas palabras humanas que se solidarizaban con su concepto y su sentimiento de la

vida. Sonrió tristemente y echó las cartas.

Ya estaba. Pero una desolación amarga llenó su alma. Pensó, ese hombre que así hablaba era viejo, mientras que yo... él ha vivido, vive; yo he sufrido y muerto.

—¡Bah! ¿Y acaso la vida es otra cosa que eso, sufrir y morir?... Mientras que así fortificaba su decisión se resolvió a ir a cenar a un restaurant de lujo. Hacía tanto tiempo que no gozaba de esos pequeños esplendores.

Por un momento el miedo a lo marle apego a la vida lo detuvo, pero luego, lleno de confianza en sí mismo entró resueltamente al comedor atestado de parejas elegantes y en el instante en que la orquesta atacaba un aire retozón y bullanguero...

Se había gastado casi todo el dinero; le restaban tan solo cuatro o cinco pesos con los que no podía comprar un revólver.

Ciertamente, ¿por qué iba a morir? Que la suerte lo hubiera tratado con rigor hasta ahora no era motivo suficiente para abandonar la vida; ¿quién le decía que esa misma suerte no lo haría mañana?

[Abandonar la vida, dejar todo aquel alegre bullicio de las calles iluminadas, por la tiniebla horrible del más allá! No ver más los dulces ojos de las mujeres, renunciar a la caricia de sus manos suaves, a los besos de sus bocas rojas. Renunciar a todo y tan solo por conceptos y sentimientos que dentro del sentido activo y pleno de la existencia no son otra cosa que ideas que sirven para desarrollarse y escribir libros, o dar conferencias; cosas, en fin, que en nada alteran la función de la vida y de la naturaleza.]

No tenía otro remedio, sin embargo, o era un cobarde... Y pensaba en que dentro de unas horas se recibirían las cartas que antes enviara, y entonces al ver que no se corroboraba el anuncio con el hecho caería sobre él el ridículo. Como todo contemplativo sentía verdadero terror hacia el ridículo y fue la idea de que iba a quedar como tal sobre todo, ante Luisa, si no cumplía, lo que lo convenció de la necesidad de morir.

De todas maneras pensaba resignado, yo nunca hubiera llegado a ser nada.

Ya decidido, volvió a la armería que antes viera al pasar. Entró; a un lado del mostrador, ante una caja registradora, un hombre gordo, de ademanes pausados, se inclinó sobre un diario. Mientras el hombre hacía desfilarse ante los ojos del joven varios revólveres elogiando sus virtudes y calidad, Solís recordó que no dejaba carta alguna a la justicia, declarándose como es de rigor único responsable de su muerte.

Con voz segura, después de elegir revólver, pidió balas y para disipar la sospecha que ello pudiera despertar, dijo, mirando el retrato de una bella dama que, a dos columnas ilustraba el diario que su dueño había dejado sobre el mostrador: — ¡Hermosa mujer!

(Sigue a la pág. 17)

LA ULTIMA HORA DE MARIA ANTONIETA, DIEZ Y NUEVE AÑOS REINA DE FRANCIA

Hace pocas semanas, llegaba de Viena, la noticia del hallazgo del original de la cartatramiento escrita por Maria Antonieta. Misiva que dió motivo a discusiones apasionadas, dado que no se hallaba conforme con el texto publicado hasta ahora. Sea lo que sea, la personalidad de la "viuda de Capeto" despierta nuevamente el interés y la curiosidad de nuestros contemporáneos. Varios libros acaban de publicarse en Europa sobre la vida y muerte de la princesa de la casa de Austria; su figura trágica y noble surge actualmente en la escena de un teatro parisiense. En fin, en Hollywood no se habla más que de la gran película que Norma Shearer está filmando interpretando el papel de la más infortunada de las reinas....

ANTE EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO

—Que traigan a la condenada! 4 de la madrugada del 16 de octubre de 1793. Los debates han terminado. Hermann, criatura de Robespierre, presidente del Tribunal revolucionario, acaba de pronunciar la sentencia.

Maria Antonieta de Lorena — Austria, viuda del Luis XVI, rey de Francia, debe ser decapitada el día mismo!

Fue la víspera, a las 8 de la mañana, que se había abierto el proceso. Salvo un instante de descanso en medio de la tarde, el juicio había durado veinte horas con secutivas. Cada cuarto de hora, Robespierre era puesto al corriente de los detalles circunstanciales de esta larga sesión. La fatiga aplastante de la pobre acusada agobiaba también a los acusadores, al público, y a medida que transcurría la noche, el frío mordía cada vez más... Un otoño glacial que anunciaba ya el sacrificio de una reina....

En fin, los jurados reintegraron la sala de audiencia. Cada uno de ellos debía expresar públicamente su opinión, y cada cual sabía que, pronunciándose por la inocencia, se condenaba a su turno a la guillotina. El ex marqués dijo: "Culpable". El mesonero, el cirujano, el barbero, el músico, el tipógrafo, el carpintero el sacerdote renegado, todos los sesenta jurados dijeron: "Culpable".

Inmóvil Maria Antonieta escuchaba la sentencia. Ningún miedo, ninguna cólera, ningún desmayo. Ninguna mirada para el pueblo. Ninguna hojeda para los jueces. Estoica, derecha en su vestido de luto, abandonó la sala de audiencia en donde se acaba de poner el punto final a su existencia... y a su calvario.

...Y después, volvió a su celda de condenada a muerte.

—¿Pudiera obtener un poco de luz?

Por excepcional favor, se le colocan dos velas en la mesa de pino.

—¿Pudiera conseguir un poco de papel y tinta?

El alcalde, el ciudadano Bault, prudente hasta entonces, no resiste a esta última solicitud.

Cerca de la prisionera, los guardianes vociferaban, juegan, fumaban, escupen.

Pero Maria Antonieta no penece ya al mundo de los vivos. No hay ruido demasiado fuerte para desviar sus pensamientos superterrestres. Su recogimiento es absoluto.

—Es en el infortunio que se siente más lo que se es, había dicho ella poco tiempo antes.

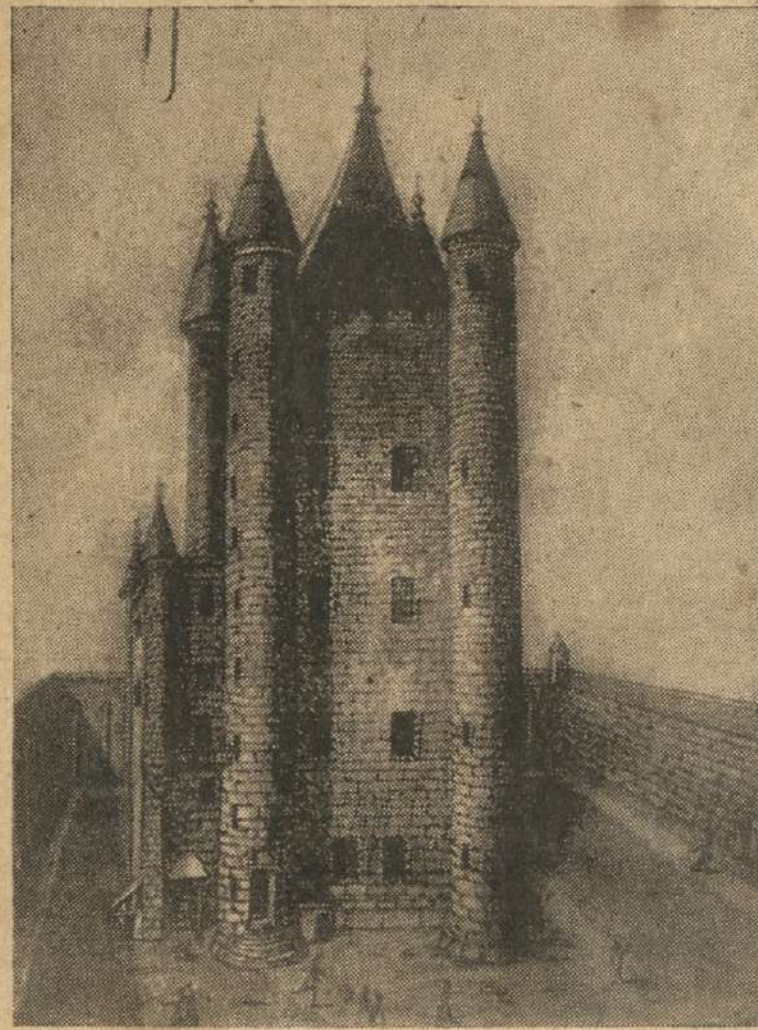
EN EL UMBRAL DE LA PALIDA

A este umbral ella llega al desprendimiento supremo. Las imágenes de su vida —una después

de otra— se deslizan en orden perfecto.

Quince años, princesa de Austria, cuatro años esposa del Heredero; diecinueve años reina; tres veces madre, y mujer, siempre!

Los jardines y los salones de Shoenbrunn; la llegada a Francia, el pueblo en fiesta; la esposa del Delfín tiene tan lindos ojos... Los arcos triunfales, las iluminaciones, las tapicerías, los diamantes...



La foto precedente, muestra la prisión de Maria Antonieta, la que fue quince años princesa, cuatro años esposa del heredero de la corona de Luis XIV, diecinueve años reina de Francia; y que después sólo se la llamaba en la carreta que la conducía al cadalso, "la condenada viuda de Capeto".

tes, las reverencias... Los rumores, las canciones, los libelos... Y de pronto un nombre se destaca: "La Austriaca". Y luego, ese estúpido escándalo del collar...

Y después las cábalas que se amplifican, las murmuraciones, las calumnias... Y luego la catástrofe... Las banderas desenfrenadas de Octubre... El refugio en la Asamblea... Esas horribles matanzas de setiembre... La muerte del rey... Su hijo que le es arrancado; Luis XVII que canta la Carmagnola, jura como un soldado... Y hé aquí la noche del 2 al 3 de agosto de 1793...

EL ULTIMO MENSAJE

La reina saltó de su embotamiento. Los recuerdos se esfuman; ahora se siente más sosegada. Aproxima el tintero y dirige a su cuñada Madame Elizabeth (hermana de Luis XVI, que subió más tarde al ducado), guardiana de sus hijos, su carta-testamento, su postrer mensaje:

—Es a vos, hermana mía, que escribo por última vez...

Su larva y conmovedora epístola termina así:

"Adios, mi buena y tierna hermana. Ojalá que esta misiva llegue a vuestras manos! Pensad siempre en mí. Os abrazo de todo corazón... Mis nobres y queridos hijos. ¡Dios mío! ¡Qué desgarrador es separarse de ellos para siempre! ¡Adios! ¡Adios! No voy a ocuparme más que de mis deberes espirituales. Como no soy libre de mis acciones, se me enviará acaso un sacerdote renegado; pero protesto aquí que no le diré media palabra y que lo trataré como a una persona absolutamente extranjera".

Agotada física y moralmente,

—La naturaleza se niega a responder a tamaña inculpación hecha a una madre —había respondido. Invoco y apelo a todas las madres que están aquí.

este último, a indecencias cuya sola idea y cuyo solo nombre hacen estremecer de horror.

Y como traía la declaración "firmada" por el niño, un jurado la había interrogado, ella...

Es atroz...

—La naturaleza se niega a responder a tamaña inculpación hecha a una madre —había respondido. Invoco y apelo a todas las madres que están aquí.

no pudo escribir una sola línea más. Se quedó dormida en la silla, los brazos sobre la mesa.

LAS ULTIMAS HORAS

7 de la mañana del 16 de Octubre de 1793.

Maria Antonieta se cubrió con su ligero vestido blanco, y su delgadez parecía más grande todavía. Colocó en su nuca una pañoleta de muselina, escogió sus zapatos de raso negros con dos volantes para ocultar sus cabellos blancos.

8 DE LA MAÑANA

Un sacerdote adicto a la Revolución se brinda para asistirle. Ella se niega a confesarse a él, ro aceptando sólo con indiferencia su auxilio para los últimos momentos.

El llavero va y viene...

—¿Larivière, ¿sabe usted que se me va a hacer morir?... Decid a vuestra respetable madre que le agradezco sus cuidados y que le encargo de rogar por mí a Dios.

Es de rodillas cerca de su catre de tijera, que la encuentran los jueces escoltados por Fabricius, el escribano. Los cuatro se hallan descubiertos.

—Preste atención. Se le va a leer la sentencia.

—La conozco demasiado y juzgo inútil su lectura.

—No importa. Es preciso que sea leída una segunda vez. Escuche, pues.

Fabricius lee. Cuando va a terminar, Sansón, el verdugo, se aproxima:

—Presente sus manos.

Turbada, un reflejo la hace retroceder dos pasos:

—¿Es que se me van a atar las manos? No se le ataron a Luis XVI....

Sansón vacila.

—Has tu deber, —le ordenan los jueces.

—Oh!, Dios mío.

Entonces el verdugo le tira los brazos detrás de la espalda. Los ata y aprieta. Fuerte. Demasiado fuerte. Pero la reina retiene las lágrimas.

—Tu pelo ahora...

Sansón le quita la cofia, corta la cabellera y la guarda en su bolsillo....

11 DE LA MAÑANA

Se abren las puertas de la Conserjería. La condenada aparece, siguiendo con paso tranquilo y seguro toda una compañía de guardias. Toda la fuerza armada estaba encuartelada, y los cañones se hallaban colocados en las extremidades de los muelles, plazas y "encrucijadas" desde el Palacio de Justicia hasta la Plaza de la Revolución —hoy Plaza de la Concordia. Las patrullas recorrían las calles y el tránsito de vehículos estaba interrumpido por donde debía pasar la carreta.

Sansón tenía a la viuda de Capeto con una cuerda. Ella sube al tosco vehículo, sentándose en la tabla. Se ordena la partida.

Su rostro no refleja abatimiento, ni orgullo, ni soberbia, ni temor. —¡Abajo la tiranía! ¡Viva la República!

La multitud grita, danza, vocifera...

Maria Antonieta mira con indiferencia a las personas que se encuentran en las ventanas, lee las inscripciones en los frontispicios de las casas. En la esquina de la calle de San Honorato, David, que la condenó, tiene tiempo para esbozar un croquis.

11 Y 30

Se camina lentamente.

Grammont, que no ha cesado de escoltar la carreta, levanta su espada, la esgrime en todos sentidos y exclama:

—¡Héla aquí mis amigos, la

(Sigue a la página diecisiete).

CUADRO DE SALUD

Brillaba el arado. Los bueyes enermes y lentos van abriendo el surco sobre la tierra buena.

Un vuelo de pájaros, cual una corona de alas, oreaba la noble frente del sembrador.



El viento cantaba tañendo la lira del bosque, y bajo la arboleda flotaba una luz verde.

La nube, que iba cual una piragua de espuma, bogaba por un cielo de alegría y de sol.

Venía el aliento de la gleba, recién removida, poniendo entre los labios como un sabor de leche.

Y el cándido aprisco balaba, mezclando a lo lejos blancura de vellones y tintinear de esquilas...

En la rústica mesa partimos la frugal vianda de cordial amistad como de pan moreno.

Y bajo el alero, sombreado en frondosos parrales, se tendían los perros, pululaban gallinas.

Del brocal, florecido de musgos y helechos, nos llegaban sedantes frescuras de cisterna.

La hija del buen labrador tenía en sus pupilas una humedad de luz al ofrecerme el agua.

Yo quisiera ser como el árbol—les dije— de fuerte, y tener la virtud de la nube que pasa,

y dar a la obra, que voy arrojando en el surco, la naturalidad de un grano que germina...

El padre, robusto y velludo como un dios silvestre, mirábame con ojos color de tierra fértil.

Sonreía la madre a la prole, gárrula y numerosa,

con que naturaleza le bendijo su vientre.

Mi pecho latía con ritmo ligero y parlante y nos daba la acequia su fugaz glogloteo.

Y en la boca roja y en el crespo cabello dorado de la hija, cantaba toda la primavera!...

Ernesto MARIO BARREDA

PAGINA PARA EL HOGAR

NOVEDOSOS PUNTOS DE TEJIDO

El siguiente es un punto muy sencillo q' no necesita sino las 2 agujas corrientes. Las amantes del tejido podrán utilizarlo para toda clase de obras.

Descripción:
Póngase un número de puntos en la aguja que sea invisible por nueve, más tres puntos extra para la orilla.

1a. carrera: 1 al revés, 1 al derecho, 1 al revés, 6 al derecho repítase hasta el final de la carrera.

2a. carrera: 1 al derecho, 1 al revés, 1 al derecho, 6 al revés: repítase hasta el final de la carrera.

3a. carrera: como la 1a.

4a. carrera: como la 2a.

5a. carrera: 1 al revés 1 al derecho, 1 al revés, pásele la lana alrededor de la aguja, 6 al derecho, y sáquese el estambre por encima de esos seis puntos. Repítase hasta el final de la carrera.

6a. carrera: 1 al derecho, 1 al revés 1 al derecho, pásele el estambre alrededor de la aguja, 6 al revés, y sáquese el estambre por encima de esos seis puntos. Repítase hasta el final de la carrera.

Esas seis carreras forman el dibujo y se repiten hasta que el trabajo tenga el largo requerido.

SEGUNDO PUNTO EN DOS COLORES

Este punto es muy decorativo; se puede realizar en azul marino y blanco. Puede usarse para puños, cuello o pechera.

Se ponen 19 puntos en la aguja:

1a. carrera: 3 al revés se teje con el estambre blanco 3 puntos en el 4o. Repítase hasta el final de la carrera.

2a. carrera: 3 azules al derecho, 3 blancos al revés. Repítase hasta el final de la carrera.

3a. carrera: 3 azules al revés, 3 blancos al derecho. Repítase hasta el final de la carrera.

4a. carrera: como la 2a.

5a. carrera: Se teje solamente con el estambre azul, 3 al revés, se tejen las tres blancas en uno solo. Repítase hasta el final de la carrera.

6a. carrera: Todo al derecho solo con el estambre azul.

La siguiente fila de puntos blancos se coloca entre los anteriores. En otras palabras, solo se teje un punto en azul antes de los 3 blancos; luego 3 al revés y así sucesivamente. Estas dos hileras se alternan hasta que el tejido tenga el tamaño deseado.

DETALLES UTILES PARA LAS AMAS DE CASA

Entre los accesorios modernos que pueden ser útiles a las amas de casa, hemos seleccionado unos cuantos para presentarlos en esta página.

1. — Una plancha eléctrica a la que pueden fijarse tapas de metal de pesos diferentes de manera que el mismo hierro puede utilizarse para aplanchar ropa gruesa de hombre y ropa interior de seda de la más fina. Algunas de estas tapas metálicas tienen una hendidura en el borde que les permite aplanchar el género, alrededor de los botones sin que estos se dañen.

2. — Un reloj de alarma para cocina, que puede ajustarse perfectamente al plato que se esté preparando de manera que avise al estar éste listo. Con esto se evita que los platos se cocinen demasiado o demasiado poco, y la dueña de casa puede dedicarse a otras actividades mientras el plato se cocina ya que el reloj le avisará la hora de quitarlo del fuego. Lo recomendamos a las cocineras novicias.



NUESTROS LECTORES podrán apreciar en esta foto a una secretaria de sangre azul, y es ella nada menos que la Duquesa de Gloucester, quien al visitar la Exposición de Industrias Inglesas de Londres, demostró sus habilidades mecanográficas, escribiendo en la máquina de escribir más pequeña del mundo.

3. — Una bandeja de hornear con patas, lo que le permite alzarla a la altura que se desee y recibir el calor por parejo. Este es uno de los pequeños detalles que parecen no tener importancia y que sin embargo serán de muchísima utilidad en la preparación de postres y platos que necesiten de un calor igual, ya que evitarán que se tueste demasiado la parte de encima o que se cocine lo suficiente la parte de abajo.

ROPA INTERIOR TEJIDA CON AGUJA REDONDA

La ropa interior tejida a mano se está usando muchísimo. La recomendamos porque no hace ningún bulto y es muy útil para las damas que tengan un viaje en perspectiva. Además de las instrucciones corrientes que se reciben al comprar el estambre o hilo damos los consejos siguientes: Úsese una aguja redonda, simplifica el trabajo y las agujas gruesas hacen que el tejido quede más no rosa y liviano. Por consiguiente debe usarse una aguja número tres con estambre de dos hilos, una aguja número tres y medio con estambre de tres hilos y una aguja número cuatro con estambre de cuatro hilos.

La camisa:
Téjase el borde de fantasía con las agujas y luego pásele el tejido a la aguja redonda. Téjase el punto de media hasta que el tejido mida veinte y cuatro centímetros, luego téjase en punto jersey para que la camisa se ajuste perfectamente al cuerpo en la cintura. Téjase como 34 centímetros en punto de media y luego hágase el borde sacando los puntos.

MASCARA DE BELLEZA DE PEPINOS O TOMATE

Todos sabemos ya que el jugo de ciertas frutas y lechumbres es mejor para el cutis que muchos de los preparados costosos que se venden en los salones de belleza, y muchas hemos utilizado algunos de estos tratamientos que no por simples son menos beneficiosos.

A continuación damos la receta de dos máscaras de belleza excelentes y económicas. Aconsejamos a las novicias.

mos a nuestras lectoras que las prueben durante un período largo, usando primero una y después la otra, y no pasará mucho tiempo sin que se note el cambio favorable que se verificará en el cutis que adquirirá mayor tersura y transparencia.

Máscara de Pepino:

Límpiese la cara con una buena crema de limpieza. Ráñese la cuarta parte de un pepino, utilizando un rallador o un rallador de vidrio. Póngase el pepino rallado en una muselina y exprímase bien el jugo. Mézclase otro pedazo de muselina en el jugo y exprímase bien. Dóblese la muselina y aplíquese sobre el rostro. Luego es preciso acostarse y cerrar los ojos, conservando la muselina empapada en jugo de pepino sobre la cara durante diez minutos bien apretada de manera que éste penetre en todos los poros. Lávese la cara con agua tibia y séquese bien. Frótese la cara con una loción astringente antes de usar la crema de base para polvos y el polvo.

Máscara de tomate:

Esta se hace de la misma manera, utilizando un tomate maduro en lugar de un pepino. Se corta el tomate en ruedas antes de sacarle el jugo y se le añaden dos cucharaditas de jugo de limón para hacerlo más efectivo.

ESTAMPADOS NEGROS Y BLANCOS

Los estampados de alegres colores siguen en su apogeo. Sin embargo algunos de los más elegantes modelos están interpretados en la antigua, pero siempre vistosa combinación de negro y blanco. Así, pues, las damas que no deseen usar combinaciones de colores llamativos, encontrarán encantadores estampados en negro y blanco, de primorosos diseños en figuras geométricas a rayas verticales, de flores grandes y pequeñas, y de puntos grandes, medianos y pequeños. Los encajes, bordados y níquel blanco dan mayor suntuosidad a estos nuevos modelos, que combinan preciosamente con un sombrero blanco, con uno blanco y negro, o, con uno negro.

ESTUCHE DE BELLEZA PARA LAS EMERGENCIAS

Hé aquí una historia que ilustra algo típicamente femenino: unos amigos míos estaban dando un "party" a la manera antigua, en el que exhibían películas de dos lustros atrás y fotografías to madas hace quince años. Una es pectadora femenina, suspiró: "Entonces las cosas eran mucho más fáciles para nosotras, ¿pero quién no da por bien empleados los sacrificios de la onda permanente, con sus horas-bajo el calentador y el secador, durmiendo con redes y rizadores, etc? Los peinados del pasado requerían menos esfuerzo, pero nos negaban personalidad. A mí que me den estilo e individualidad en cualquier época".

Es verdad. Las mujeres no hacemos resistencia a los progresos del mundo, que nos han traído al hogar toda clase de máquinas y han hecho más fáciles nuestras tareas. Pero tampoco tenemos inconveniente en sacrificarnos cuando el sacrificio supone ventajas, como en el caso de la onda permanente.

PELO CORTO CON LIMITACIONES

El estilo del peinado de hoy, tiene, una cosa de común con las melenas de antaño: se usa corto. Pero esta vez se le ha aplicado al pelo el sentido común, con lo cual se ha logrado estilo, confort e individualidad. El confort es muy importante sobre todo estando en pleno verano. Pero el confort, solo, no es suficiente. Nada nos puede hacer aparecer más parecidas a las demás, que un pelo corto que no tenga estilo. Y, paradójicamente acaso, nada nos puede hacer lucir más personales y llamativas que cuando llevamos un cabello corto que nos viene bien, un cabello que artística e individualmente cumpla, además, con los dictados de la moda.

SE HACE AGUA LA BOCA

Francia ha conservado algunos "buenos tenebres", como allí se dice de la gente que sabe comer mucho y bien. Los clubs "des Cent" y de los Purs-Cent podrían mencionar con orgullo algunos de sus miembros que saben afrontar una mesa copiosamente provista. Pero ninguno de ellos sería capaz de superar, ni acaso de igualar, el "record" que estableció hace cien años el Vizconde de Viel Castel en el Café de París.

La hazaña fué tan extraordinaria que se ha conservado la adición de este gentilhomme, quien consumió solo, hasta el último bocado, el asombroso menú siguiente:

Ostras de Ostende	24 dens.	30
Sopa de nidos de golondrinas		150
Rife con papas		4
Fera del lago de Ginebra		40
Faisán con trufas		40
Guiso de hortelanos		50
Fanarragos		15
Arvejas		12
Ananá		24
Frutillas		20
Johannisberg, una botella		24
Burdos, gr. marca 2 blis.		50
Constance, media botella		40
Jerez navegado media botella		50
Café y licores		150
Total		548.50

Si nuestro apetito ha disminuido los precios han aumentado considerablemente desde el año 1835, y el Vizconde de Viel Castel, si aun viviera, tendría que pagar 450 francos solamente por las 24 docenas de ostras con que inició su frugal comida.

ANECDOTAS

LA RIQUEZA DE LOS SEMITAS

Un rico comerciante fue un día a casa del rabino mayor, para pedirle protección, pues sus negocios iban muy mal y estaba muy próxima la quiebra. El rabino hizo partícipe de esta confidencia a uno de los jefes de la comuna y entre los dos trazaron un plan para allegar recursos, que pedirían a los judíos ricos.

Su primera visita fue a un fabricante que pasaba por ser el judío más rico del pueblo, el cual los recibió amablemente, preguntándoles a qué debía su visita.

—Necesitamos dinero para un comerciante en desgracia, le dijeron.

—¿Para quién?

—No puedo decirlo.

—Os daré veinticinco rublos si me decís el nombre.

No, de ninguna manera, es imposible.

—¿Y por cincuenta rublos?

—Tampoco.

—¡Vamos! Voy a subir hasta los ciento —dijo el rico sonriendo.

El jefe del rabino se llega a éste y le dice al oído:

—Piensa que con esos cien rublos ese hombre se remediará.

Mas el rabino sigue en sus trece de no querer revelar el secreto por nada ni por nadie. Entonces el rabino mayor lleva al otro rabino a una habitación próxima, donde el fabricante abre su corazón a éste, confesándole que él mismo se encuentra en una situación angustiosísima y que muchas veces ha pensado ya ir al rabino a pedirle socorro, pero el temor de que la cosa llegara a hacerse pública le había detenido; pero que ahora, que se había podido convencer cuán fielmente podía guardar los secretos el rabino le rogaba que hiciera lo mismo con el suyo.

EL FLORIN

Un pobre diablo tuvo que pedir prestado un florin en un jueves para preparar la comida del sábado, en la que, como es sabido, hacen siempre los judíos algún extraordinario, y dijo que lo devolvería al domingo próximo. Se lo paga religiosamente ese día a su "banquero", judío acaudalado y caritativo; pero tiene que volvérselo a pedir prestado otro jueves y le dice:

—En verdad que no sé si este florin es tuyo o es mío.

"QUE MANERA DE TARDAR."

Con motivo de una reciente condena de "mafiosos", se refería en cierta ciudad argentina, en rueda de policías, la siguiente anécdota acerca del temperamento vengativo de esa clase de gentes.

Un hombre, acompañado de sus dos hijos, se dispone a cumplir en forma una "vendetta" familiar, para lo cual todos se apostan, armados hasta los dientes, en un recordo del camino.

El padre dice al mayor de sus hijos:

—Estás seguro de que pasará al mediodía?

—Entre las 12 y las 2 de la tarde.

—Bueno; preparen las armas. No puede tardar nuestro hombre.

Pasan tres... cuatro... cinco... seis horas. El hombre consulta su reloj y el camino aparece siempre desierto.

Por último, éste, presa de la mayor inquietud, al ver que no llega la tan esperada víctima, exclama:

—Qué manera de tardar! Dios quiera que no le haya pasado nada!

NOTICIARIO MUNDIAL



¡NO TEMAN CHICAS Y NO CHICAS!

Según han declarado recientemente varios sabios doctores de Londres, la mujer se quedará calva, en la misma proporción que el hombre, si persiste en su empeño de seguir usando la permanente. Y este descubrimiento no es fruto de la casualidad sino que ha dejado calvos, a fuerza de estudiar, a los citados doctores.

El gremio de peluqueros de Londres se ha levantado como un solo hombre contra semejante declaración. Dicen los emulos de Figaro que los cabellos de la mujer se fortalecen cuanto más se les corta y ensortija y que desde que se implantó la moda de la melena en sus diversos aspectos, los cabellos femeninos son más fuertes.

Una conocida "doctora" londinense, a quien sospechamos subvencionada por el gremio peluquero, ha declarado rotundamente que, lejos de propender a la calvicie, la melena ofrece toda clase de ventajas a la mujer. Y, propasándose tal vez un poco en su propaganda, añadió:

—Si algo temo de la influencia de la melena, es que... haga crecer barba y bigotes a las mujeres.

¿EMOCIONISMO? NO. "MACANEISMO"

Al cubismo, expresionismo, impresionismo, nueva sensibilidad, paralelismo y demás ismos, en los cuales nada tiene que ver el de Suez, hay que agregar ahora el emocionismo, nueva expresión de arte pictórico inventada por Hooper Rowe, un joven artista canadiense.

Para que el lector se dé cuenta de lo que es este nuevo ismo de la pintura, le enlégamos aquí la descripción que hace su mismo autor:

"El emocionismo es una reacción contra la intelectualización de las formas hacia abstracciones mecánicas y trata de dar a las formas corrientes de vida y de sentimientos vitales".

Esto está sumamente claro, ¿verdad? Lo que no está claro es la muestra que Rowe ha presentado de su nueva escuela. En ella aparece un rostro de hombre, en el cual las orejas, ojos, nariz y boca están admirablemente... eliminados.

Nos permitimos ofrecer gratis, absolutamente gratis, al joven artista canadiense, seguro de que

encontrará mejor dentro de su "arte", este otro término, que refleja, como ninguno, el estado de ánimo la sensibilidad, la frescura, en una palabra, de su "exquisitez encantadora": MACANEISMO....

¿MUJER, MUJER... ETERNO MISTERIO!

No hay quien entienda a la mujer por mucho que trate de estudiarla. La mujer es algo así como los discursos de algunos políticos, que cuanto más se oyen o leen, menos puede uno desentrañar su enjundia.

Esto, que es una verdad latente, se nos ha ocurrido ante la noticia que se ha recibido últimamente de París, según la cual dos muchachas que habían tomado parte en un concurso de baile realizado en uno de los teatros de la capital francesa, fueron víctimas de un ataque de nervios porque el jurado les otorgó el premio.

Esto, que a primera vista podría parecer consecuencia de la alegría de verse premiadas, no es tal. Las chicas una vez vueltas a su estado normal, declararon llorando a lágrima viva que el premio debería haber sido otorgado a sus rivales de baile y que les había afectado profundamente tan injusta decisión.

¿Hay quien entienda a la mujer, quien pueda descifrar ese misterio? ¿Que salga al frente!...

EL CUENTO DE LA MELENA...

Giulia Marinetto, una piba de quince años de Turín, de esas que son un atentado contra la tranquilidad pública, quería cortarse la melena, pero sus progenitores, chapados a la antigua, no querían saber nada de modas y exigían a su retoño que llevara el pelo largo aunque la chica se desesperaba argumentado que todas sus amigas llevaban melena.

La imaginación de Giulia trabajaba incesantemente para dar con el medio de salirse con la suya sin correr el peligro de una paliza paterna y, por fin, un día, después de mucho meditar y pasar noches de insomnio, dió en el clavo.

La chica salió de su casa un atardecer, se fue a la peluquería, se hizo cortar la melena, salió, se apostó en una oscura esquina de una callejuela, se ató un pañuelo fuertemente sobre la boca y se tiró al suelo, haciéndose la dormida hasta que fue recogido por un agente.

Ya en la comisaría la

CHISTES

LEVE DIFERENCIA

—Este pasaporte es falso. En sus señas particulares dice que usted es calvo, y lo veo con una magnífica cabellera.

—Se equivoca, señor inspector, el que es falso es el cabello...

NI UN CENTAVO DE MAS

Gerardo pierde en un autobús la cartera con 200 sucres. Desesperado, pone avisos en los diarios, acude a la policía y busca por toda la ciudad al conductor. Cuando dá con éste, comprueba, desolado, que no sabe nada del asunto y que seguramente aquella ha sido recogida por algún pasajero.

Al cabo de un mes, cuando ya había perdido toda esperanza, nuestro hombre recibe la visita de un desconocido que le devuelve su billetera con todo el dinero.

—Disculpeme, le dice el visitante que no se la haya traído antes, porque estuve enfermo.

—Oh! No es nada —dice, sonriente, Gerardo. Doscientos sucres... 30 días... No se preocupe... Le voy a cobrar sólo el interés legal... No pretendo ni un solo centavo más.

DESCARGO DE CONCIENCIA

—Usted es la que ha puesto ese aviso en los periódicos, tan persuasivo para encontrar un inquilino?

—Sí, señor.

—Bueno; vengo a decirle que estoy bien requete bien, donde estoy viviendo; y que no tengo por qué mudarme...

CURIOSO

Cierta tina abortó y de pie sobre una báscula exclama:

—Qué notable! Con el saco nuestro y sin él, siempre peso lo mismo

LA FAMA

La mujer de un rabino murió muy joven y su marido pronunció una oración fúnebre muy profunda y sentida.

Pasado algún tiempo pretendió el rabino a la hermana más joven de su difunta mujer.

Al saberlo el suegro, le dijo: —No te quiero ya por yerno, porque un hombre que ha tenido el valor, como tú has hecho, de conservarle a su mujer una buena reputación es porque indudablemente no la quería.

LA PELUCA PERDIDA

Las mujeres de los semitas piadosos tienen que cortarse el pelo al casarse y usar peluca.

Un casado joven regresaba una noche a su casa a la hora de la cena y le encuentra a su mujer pensativa, cabizbaja y sin peluca. —¿Qué te pasa, querida? —le pregunta—. ¿Por qué estás tan triste? ¿Cómo no te has puesto la peluca?

—Tenía sueño y me la quité.

Se ponen a cenar.

—Pero, ove, ¿qué es esto?

—pregunta el marido sacando de la sopera un mechón de pelo.

—¿Con lo que yo he buscado!

—No sabes qué

claró compungido

la había asado

tándole el

hola. Pero

de la "c"

rio con

sido

re

claró compungido

la había asado

tándole el

hola. Pero

de la "c"

rio con

sido

re

claró compungido

la había asado

tándole el

hola. Pero

de la "c"

MESA REVUELTA

PASATIEMPOS— ANECDOTAS— CURIOSIDADES— ACERTIJOS— CONOCIMIENTOS UTILES— FANTASIAS— PENSAMIENTOS— NICROMANCIAS— GREGUERIAS— FRIVOLIDADES.

PESADOS EXPEDIENTES

En virtud de un reciente decreto del juez de instrucción M. Berry, se detendrá, por un tiempo, el curso del proceso contra el "monstruo de Wendmann" y sus cómplices que se ventila en Francia. Hasta el momento actual, el expediente relacionado con este caso pesa 20 kilogramos. Cuando el proceso continúe, y hasta que termine se añadirán a dicho expediente varios kilogramos más de papel.

A este respecto es oportuno presentar un pequeño cuadro comparativo del cual se desprende que los procesos seguidos contra mujeres son, sensiblemente, más "livianos" que los que atañen a los hombres. El expediente de Lao Ibrú pesaba 20 kilogramos; el de Sarret, 18 y medio; el de Troppman, 26; el de Pranzini, 23. En cambio, el de la famosa Brinvilliers pesaba, solo 15 kilogramos y el de Mme. Besabarabo 12.

PARA ESTUDIAR EL FONDO DEL ATLANTICO

Una de las últimas cosas que se oponen a la curiosidad del hombre, el lecho de rocas del océano, está a punto de ceder a la exploración científica. Sismógrafos y explosivos dirán muy pronto si en el seno del Atlántico, sepultado bajo arena y lodo, existe un continente perdido que se llamó Appalachia.

El doctor Maurice Ewing, de la Universidad de Lehigh, ha ideado un método de exploración submarina que consiste en el empleo de un sismógrafo semejante al que suelen utilizar los buscadores de petróleo. Hace mucho tiempo que la ciencia ha logrado sondear las profundidades del océano y extraer muestras de su piso por forándolo hasta dos y tres metros. Actualmente, haciendo estallar pequeñas cargas de dinamita y registrando las vibraciones que se producen en el suelo de rocas, el doctor Ewing, abriga la esperanza de medir su profundidad y acaso conocer la composición de la estructura del fondo del océano. Consiste su método en arrojar desde un buque un largo cable de acero, al cual se hallan adheridos los siguientes aparatos: primero, una carga de diez kilogramos de dinamita dentro de un recipiente a prueba contra las altas presiones de las profundidades oceánicas; a 450 metros de distancia, viene otra carga más pequeña de explosivo; luego, a 150 metros de distancia entre sí, se encuentran cuatro geófonos que registran las vibraciones; y finalmente, un cilindro de acero, que contiene los instrumentos registra- dores. Un medidor alojado en el cilindro hace estallar independientemente las cargas de explosivos. Las vibraciones atraviesan la arena hasta llegar a las rocas del fondo del océano, son reflejadas y alcanzan a los geófonos y automáticamente registradas por los instrumentos que se hallan en el cilindro. Las explosiones suministran los sonidos separados.

Este "fen" permitirá a los científicos poner a prueba la cocina, que puede cual existe perfectamente al platillo de su preparación de mane-ros formales al estar éste listo. Los dedos evita que los platos se cocinen demasiado o demasiado poco, dueña de casa puede dedicar otras actividades mientras el plato se cocina ya que el reloj avisará la hora de quitarlo del fuego. Lo recomendamos a las cocineras novicias.



EN HAMBURGO, durante un concurso de belleza realizado recientemente, Tulas Teonas, belleza húngara, sintió tal emoción al ser fotografiada, que volvió sus espaldas a las cámaras. Los fotógrafos que le vieron aseguraron después que era bellísima. A juzgar por la foto, habrá que creerles.

card, famoso criminólogo de Lyon. Su sistema, al cual ha dado el nombre de "poroscopia", se basa en la forma y en el tamaño de los poros que, por millones, se extienden en la piel de los seres humanos. Las líneas semicirculares que se dibujan en las yemas de los dedos y que hasta ahora han servido para reconocer a las personas, tienen, además, centenares de poros característicos que quedan igualmente impresos en los objetos por leve-mente que se los roce. El Dr. Locard ha probado, con multiplicados experimentos, que en cada individuo, dichos poros son peculiares e invariables en lo que se refiere a forma, disposición y número, observados en una determinada área de piel. Estas características se mantienen constantes durante la vida del individuo y solo varían de tamaño.

MANOS ARTIFICIALES

Dedos artificiales que se mueven casi tan bien como los verdaderos; tal ha sido la demostración efectuada en Alemania por un hombre de ciencia. Su procedimiento es el siguiente: después de amputar las manos del paciente, se amputa el extremo de los músculos que quedan en el brazo y los recubre de tejido vivo. Luego se adapta a los orificios pequeños clavijas de marfil o de otros materiales y conecta los músculos con la mano artificial por medio de cordones o hilos metálicos. Dicha mano no tiene, por lo general, el pulgar, y los cuatro dedos

APARATO QUE MIDE LA VELOCIDAD DE LOS METEOROS

En el Observatorio de la Universidad de Harvard, Massachusetts, ha sido ideado un velocímetro que mide la velocidad que desarrollan los meteoros. El instrumento consiste en una cámara especial, provista de un juego de pequeñas aspas delante de la lente, colocadas de tal modo que interrumpen la fotografía veinte veces por segundo. Cuando un meteorito pasa frente a la cámara, su estela es seccionada veinte veces por segundo en el campo visual, lo cual convierte la imagen fotográfica en una serie de segmentos. Cuando los investigadores miden estos segmentos, les es fácil comprobar la velocidad que llevaba el meteorito.

SI HUBIERA SABIDO...

Si pudiéramos penetrar el porvenir, alteraríamos probablemente muchos de nuestros mejores planes y, aunque la vida sería más triste, no incurriríamos en algunos serios errores. Por ejemplo, es de imaginar cuánto habría deplorado Sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes, la negativa que dio a un ofrecimiento que se le formuló en cierta ocasión. Conversaba con un joven actor que aparecía en una de sus piezas, y quien recibía el modesto salario de dos libras esterlinas por semana. Riendo, el joven sugirió al famoso autor la idea de juntar las rentas de ambos y dividir luego el total entre ellos por partes iguales. Este arreglo debía ser vitalicio.

Ocioso es decir que Conan Doyle no pensó en aceptar la idea y festejó la ocurrencia con una carcajada. Más tarde, sin embargo, oyósele decir cuánto deploraba no haber aceptado la proposición de su joven amigo que era nada menos que Charlie Chaplin.

VESTIDA DE HOMBRE

Viva emoción provocó hace pocos días en Cowes, la capital del "yachting", cierta encantadora joven, Lady Hinchinbrooke, que concurrió a una reunión del Club Royal vistiendo ropas de hombre. Los estatutos de dicho círculo aristocrático prohíben formalmente el uso de prendas masculinas por el bello sexo.

A pesar de algunas advertencias la invitada se negó a retirarse antes de haber terminado su taza de té. La situación era tanto más delicada cuanto que el pantalón de la joven era de un azul vivo, que atraía todas las miradas. Menos atrayente, sin embargo, que su propia portadora, que es una de las más hermosas mujeres de Gran Bretaña.

EMPLEARAN OTRO TIPO DE ESCAFANDRA

Bajo las olas del Atlántico, a 33 kilómetros del extremo meridional de Irlanda, se halla a punto de empezar uno de los grandes trabajos del Océano. Hombres de ingenio atrevido descenderán a más de 90 metros de profundidad con escafandras científicamente preparadas para buscar el oro que tiene el sumergido Lusitana. Además, filmarán bajo el agua películas sonoras de la ardua tarea y transmitirán por radiotelefonía a medida que se desarrollen, las operaciones que se llevarán a cabo.

Dos norteamericanos, el capitán John D. Craig y Max E. Nohl, han ensayado ya sus equipos, preparándose para esta aventura, en las tranquilas aguas del Maine, en las profundidades del lago Michigan y en las cámaras de presión de la armada de los Estados Unidos. A diferencia de la escafandra ordinaria, la ensayada por Craig y Nohl no tiene tubos de aire. Estancos de alta presión, atados al buzo lo suministrarán el oxígeno necesario. En un pequeño tablero dentro del traje de inmersión, ciertos discos indicarán la profundidad, la presión y la temperatura del agua y la cantidad de oxígeno que queda en el estancue. Durante el descenso, un micrófono conectará al buzo con el buque, mientras una lámpara de 4.000 bujías le servirá para iluminar las profundidades del mar.

CLEMENCEAU

El mundo levantó la cabeza y miró hacia Francia para contemplar a Clemenceau que moría. Pero el terrible viejo volvía a levantarse, se encasquetaba el "calotte", daba unos cuantos gritos, echaba de mala gana a periodistas y médicos, hacia cerrar la puerta de calle y se ponía a trabajar.

Se anunciaba de nuevo su extrema gravedad y, otra vez, diez veces, cincuenta veces, saltaba del colchón, se erguía, se ponía el "calotte", caminaba, gesticulaba, resoplaba y se entregaba a su trabajo, iba a observar sus rosas, activaba el ensayo de un drama lírico, decía frases vibrantes y rotundas. Se retiraban los médicos a la medianoché, dejándolo adormecido, medicinado, abrigado, pinchado, y él, a las 4 en punto, según su costumbre, se sentaba a trabajar hecho una furia.

Moriría cuando le diera la gana. Haría, entretanto, lo que se le antojase.

Fue un gran patriota, sin duda; tuvo inmensas energías salvó a su patria en la guerra; fué eminente como periodista y orador; fué la dentellada, el zarpazo, el salto sobre el contrario en el instante oportuno, el equilibrio, la medida, la sobriedad, la eficacia. Si; fué todo eso; pero fué "otra cosa".

¿Qué fué, pues, Clemenceau? Fué Francia. Durante años, decir Francia o decir Clemenceau era lo mismo. Ese hombre sintetizaba el genio francés; Francia tuvo en él su espíritu y su verbo.

La humanidad se reduce, en definitiva, a estos hombres-símbolos, que son un poco padres y maestros de todos los demás. Son, así mismo, los únicos que se plantean y resuelven de algún modo el an-

gustoso problema que dejó Shakespeare en su tan mal comprendido dilema: "Ser o no ser". Clemenceau optó por "ser". Descifró el enigma de la vida, volviéndole la espalda. Hechos; nada de filosofías. Yo soy, quiero tal cosa, voy por aquí, llegaré a tal punto.

No era solo viejo en años; era el hombre más antiguo del planeta en ideas y en sentimientos.

Apeteció lo que estuvo al alcance de su garra. No creyó en "el hombre moderno". No buscó nuevos horizontes. No pretendió descubrir nada. Si subió a alguna torre de esas muy altas, descendió en seguida y olvidó lo incognoscible.

¿Es razonable la complejidad y la hondura en cosa tan pequeña y efímera como el hombre? La vida entera de Clemenceau brama: ¡Imposible!

Clemenceau fué, entre los grandes hombres, el más parecido a los hombres comunes. Fué lo vulgar agigantado, sistemático, con vertido en virtud superior; lo común puesto en sublime; una montaña hecha a puñadas de tierra.

Lo pasado y futuro tampoco lo preocuparon más que en la estricta medida de lo necesario. Siempre y ante todo se mostró simple: claro, tenaz, irreductible.

Tendió sus ideas y sentimientos en línea recta: una línea de acero; un riel. Sacó de sí mismo fuerza y se puso en marcha. A medida que avanzaba crecía su voluntad, hasta que nadie pudo detenerlo; ni él tampoco lo hubiera conseguido.

Cuesta creer en su quietud. Cuando retumbe el trueno y fulmine el rayo, se acordarán los franceses de Clemenceau.

Constante C. VIGIL

Manos Ociosas

(Viene de la pág. 7)

¡Qué lindas sois manos ociosas, surcadas por venas azules que son como lagos tranquilos reflejando el azul de un cielo paradisiaco! Nada ha deteriorado la augusta armonía de vuestras líneas suaves. La tersura de su piel tiene en vosotros caricia de armiño, palpitar de corazón de alondra, titilar cadencioso y levísimo de estrella. Todas vosotras sois un temblor, una vibración... No os tante, os miramos con envidia, pero no merecéis este sentimiento. ¡No habéis vivido! No sabéis de la espina que hierde, del abrojo o la garra que arranca dolor, de la aguja que pincha, del fuego que quema, del agua que hiela, de la máquina que enduere la yema de los dedos y los deformar... ¡No habéis vivido! Conocéis la vida por reflejo: como el pequeño arroyo conoce el mar, como la lana ya hilada y convertida en sedosa tela conoció la frescura del rocío y el quemazo del sol al ser vestidura de un animal; así...

Pero sois lindas, manos ociosas, y siempre habréis quien os bese con el secreto temor de dejarnos manchadas por la dureza del beso de unos labios y siempre habréis quien os cante y ponga una ilusión en cada uno de los barquitos de colores que son ahora vuestras uñas barnizadas en colores extraños que tienen de nacar o que se llaman "Robin Hood".

Henriette Morvan

LA MENTIRA

Un conocido jefe de los judíos ortodoxos, amaba la verdad sobre todas las cosas. Esta cualidad suya le dió mucha fama.

Tan sólo una vez en su vida tuvo que mentir. Ocurrió de este modo:

Visitaba un día a los ricos de la ciudad pidiéndoles limosnas para socorrer a un judío arruinado, una de las primeras personas a quien acudió era un "Mitnaged",

Fantasmas de la...

(Viene de la pág. 7)

El armero sonrió aprobando, mientras ponía sobre el vidrio las balas que el joven comenzó a meter en el tambor.

Ahora había que distraer al hombre; y mientras metía la última bala pensó en la manera.

Y aquella funda, qué vale?... —inquirió tranquilamente indicando una que asomaba en un estante. El hombre volvió la espalda, y pausadamente, fue a tomar el objeto pedido.

Entonces Eduardo Solís puso el cañón del arma sobre el pecho y oprimió el gatillo....

Ya en el suelo mientras sentía que la vida lo abandonaba, vió sobre sí la cara indignada del armero, quien mientras lo injuriaba, propinó dos patadas al cuerpo exánime del que en mal hora lo fue a comprometer, en tanto que atraído por la detonación inaudita el negocio los curiosos.

Paño SUERO

es decir, enemigo de los ortodoxos; no obstante le recibió cordialmente y al oír la pretensión del rabino le preguntó qué cantidad necesitaba para el pobre juicio y el jefe ortodoxo señaló una.

—Voy a dártela en seguida —dijo el rico—; pero antes tienes que soltar una mentira.

—Conforme, pero antes tienes que darme el dinero.

Hízolo así el otro y entonces el rabino exclamó:

—Hoy he faltado a la verdad. El rostro del rico se iluminó de alegría.

—Ya sé que de tu boca no ha salido jamás una mentira hasta ahora; por eso me gustaría saber en qué has mentido hoy.

GACETILLA del foto-Aficionado

El Arreglo de Fotos



Un arreglo sencillo, pero bueno; en parte, porque la posición de los niños sigue la línea curva del respaldo de la silla.

MUCHOS aficionados oyen hablar de composición en fotografía y creen que se trata de un rompe cabeza; pero no hay tal rompe cabeza. La composición en fotografía es sencillamente un arreglo que agrada a la vista.

La dueña de casa al arreglar las flores en un florero, o los muebles en la sala "componen" lo mismo que el artista compone un cuadro. Ambos buscan el balance armónico de elementos en un arreglo atractivo que guste a la vista.

Pero en fotografía cuanto más sencillo es el arreglo tanto más efectivo resulta.

Lo primero que hay que tener en cuenta en un arreglo efectivo de una foto es la claridad. Y un modo de obtenerla es por medio del contraste. Por ejemplo, si se fotografía un objeto gris en un fondo gris, el efecto es como una nota de la escala musical tocada en octava. Pero si el objeto gris se toma contra un fondo blanco con luces arregradas de tal modo que produzcan sombras densas sobre el fondo blanco, se consigue un buen contraste y el objeto resalta. Un buen ejemplo de lo que queremos decir resultaría de tomar una foto de la abuela con su cabello color platino contra un fondo de sombras densas.

Otra cosa que hay que tener en cuenta es evitar incluir líneas en la foto que "guíen" la vista fuera del punto de interés. Las líneas captan y guían la vista, especialmente si se

trata de dos que van juntas hasta un punto cerca de una esquina de la foto. Supongamos que se va a tomar la foto de la cara de un gato y que se desea resaltar los ojos. En ese caso las orejas puntiagudas del gato deben quedar en sombra, o se debe recortar la copia de modo que no aparezcan las puntas, de lo contrario atraen la vista hacia arriba y no hacia los ojos del gato.

Otra cosa que hay que observar es el efecto que producen las formas y contornos de los objetos en la composición de la foto. Por ejemplo, un arreglo en forma de pirámide, produce el efecto de solidez, mientras las formas delicadas, como las de las rosas de fino tallo en un florero de larga forma, sugieren liviandad.

También hay que tener presente los varios efectos de las líneas. Las líneas horizontales bajas, a nivel, sugieren quietud y tristeza; las verticales rectas, como los troncos de árboles frondosos sugieren dignidad y esplendor. Las líneas cóncavas o convexas tienen gracia, especialmente las que forman una "S" como las que se notan en el cuello de un caballo o de un cisne. Y cuando las formas de las líneas se repiten en una foto, el arreglo se torna en un diseño de gusto.

P o tanto, trátase de escoger un punto de vista de modo que las líneas y formas en las fotos tengan un carácter determinado. Los resultados han de agradar.

Juan van Guilder

La última hora de...

(Viene de la página ocho)

infame Antonieta! ¡Miradle! ¡Está perdida! Se llega al lugar de la ejecución: ¡un gentío enorme! Se esperaba el minuto fatal, riendo y bailando.

MEDIO DIA

Rehusando dignamente toda asistencia, la viuda de Capeto sube las gradas del cadalso. Transcurren 4 minutos. Los verdugos la arrojan sobre la plancha de la guillotina; la cuchilla cae como una masa de plomo. Sansón empuña por los cabellos la cabeza ensangrentada

muestra al pueblo.... —¡Viva la República!... ¡Abajo la tiranía!...

Medio día y cuarto, exacto. La turba —que tiembla—, se dispersa rápidamente con la "bata" de los arrabales de París.

...Rociado con agua fría, se arroja al suelo, en la mentería de París. (Según los rosas "Cout")

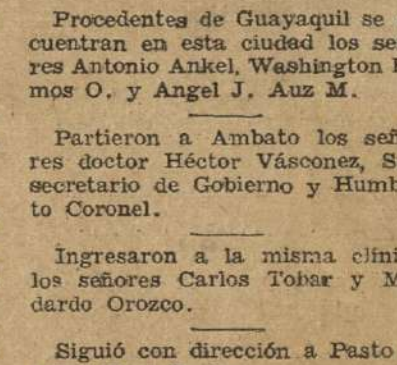
directora silueta que da motivo a esta atrayente

En un gesto familiar, lleno de inconsciente coquetería, la artista presenta una seductora silueta que da motivo a esta atrayente acuarela.

que usted está recostada: 'suaves
mórbidos, rellenos de plumas y

NOTAS MAS SALIENTES DE LA VIDA SOCIAL CAPITALINA

cineras novicias.



En un gesto lami

ar, lieu de l'inconscient coque

acuarela.

18



En un gesto familiar, lleno de inconsciente coquetería, la artista presenta una seductora silueta que da motivo a esta atrayente acuarela.

PALABRAS CRUZADAS

A vintage photograph of a woman reclining on a large, crumpled, dark fabric object, possibly a rug or blanket, against a plain, light-colored wall. She is wearing a light-colored, short-sleeved dress and is looking towards the camera. The photograph is mounted on a larger, textured, light-colored page, and the bottom edge of the photo is torn and irregular.



LA CONFERENCIA, por F. R. Glass.

Gracias a un intérprete, los invasores blancos exponen a los indígenas la conveniencia de someterse pacíficamente.



me
gere
sentimiento
amor me me
propia de las
pasado me descon
do que, quizás, no
apropiadas para ba
jeros que ya han andad
trecho de la vida. Adem
podré comprender a las
instrumentos. Interpreto
cilindro. Los
ministran
Este Shen.
ge 2. — Un reldy.
cocina, que puede me
fectamente al plat
preparando de man
al estar éste listo.
evita que los platos se
masiado o demasiado poc
dueña de casa puede dedica
otras actividades mientras el
to se cocina ya que el reloj
avisará la hora de quitarlo del
fuego. Lo recomendamos a las co
cineras novicias.

En la delan
al dolor de
a Carola tan
que, revelándose
silencio inexorable de sus
labios se sentía mejor, casi gozo
sa, casi vengada.
Sin quererlo, había pronunciado
palabras que en otros momentos
quiera habría pensado. El

Entonces, echaré mano a un
ejemplo gráfico. Las chicas de
ahora, las de mi edad, se aseme
jan un poco a estos almohadones
de dibujos geométricos, rellenos
de crin, duros en los cuales uno
puede apoyarse sin temor de que
cedan. Las mujeres del siglo pa
sado son como los cojines en los
que usted está recostada: suaves,
mórbidos, rellenos de plumas y

comó por las manos y, echán
dose en el sofá, hizo que se sen
tara a su lado; luego lo atrajo
hacia sí. Teniéndolo a su lado,
inquieto y vergonzoso, Carola so
focó en lo más profundo de su
corazón la victoria que significa
ba la completa rendición de aque
llos veinte años. Entonces sus
labios se movieron lentamente, en
tre el cuello y el lóbulo de la o
reja, murmurando:

—Perdóname, Armando; tam
bién las mujeres razonables como
yo algunas veces no saben renun
ciar a la coquetería. No debí ha
berte hablado como lo hice; tam
poco debí insistir en que te que
daras. Pero me fastidiaba dejar
(Sigue a la pág. 22)